

Comparación

por Alberto Marradi

pp. 65-84 in Román Reyes (dir.), *Terminología Científico-Social. Aproximación Crítica*. Madrid: Anthropos, 1991
[traducción de Cristina Vidal i Busquets revisada por Juan Ignacio Piovani]

1. Naturaleza de la comparación

Examinemos tres ejemplos de comparación muy simples: uno sacado de la vida cotidiana (“Lucía es más alta que Mario”), otro sacado de las ciencias sociales (“el sistema electoral holandés es más representativo que el británico”) y el último de las ciencias físicas (“el cobre conduce la electricidad mejor que el hierro”). Estas tres frases tienen una estructura lógica idéntica, con el mismo tipo y número de elementos y de relaciones entre los elementos. En ellas, la presencia de algunos elementos — pero no de todos, como veremos — es evidente: en cada frase hay dos objetos (Lucía / Mario; sistema electoral holandés / británico; cobre/ hierro) y una propiedad (altura, representatividad, capacidad de conducir la electricidad). Asimismo, el tipo de relación que la frase instituye es evidente: se trata en este caso de una relación de mayor/menor (o mejor/peor) entre los objetos.

¿Mayor/menor respecto a qué? ¿En base a qué criterio?

La primera respuesta es obvia (en base a la propiedad en cuestión), pero, aun en su simplicidad, tiene ya una consecuencia importante: los objetos no se comparan entre sí, globalmente, sino siempre respecto a una propiedad.¹ Comparaciones que parecen que prescinden de la referencia a propiedades específicas (expresadas en frases como “Mario es diferente de Lucía”, “Holanda es diferente de Gran Bretaña”, “el cobre es diferente del hierro”, o bien son tautológicas — en el hecho de que cada objeto por definición es diferente de cualquier otro objeto — o elípticas, en cuanto su introducción en un contexto permite entrever la (o las) propiedades a las que se está haciendo referencia. La respuesta a la segunda pregunta (¿en base a qué criterio?) es un poco menos obvia: en base al relevamiento de los *estados* de los objetos en cuestión en la propiedad en cuestión. De hecho, tal propiedad, siendo una sola, no daría lugar a comparaciones si los varios objetos no fuesen distintos² en la misma propiedad. Así pues, no se comparan los objetos — como hemos visto — y ni siquiera sus propiedades³, sino los *estados* en la *misma* propiedad. Tales estados son, pues, una tercera clase de elementos necesarios para la estructura lógica de la comparación.

Una vez se ha realizado el relevamiento de los estados en la propiedad, puede producirse la comparación, que no necesariamente debe llevar a un juicio de mayor / menor como en los tres

¹ Más bien, a una serie de propiedades; pero también en este caso la comparación se realiza sobre cada propiedad por separado, dando lugar eventualmente a alguna forma de síntesis.

² Aunque no necesariamente *diversos*: la diversidad, así como la igualdad de los estados, es uno de los resultados posibles de la comparación; por el contrario, la distinción es el presupuesto.

³ En rigor, los objetos no tienen propiedades sino estados en las propiedades: Mario no tiene la altura, sino un cierto estado de la propiedad altura diferente del (y en consecuencia, comparable con el) estado análogo de Lucía. Esta falta de distinción entre propiedades y estados en las propiedades es característica de los textos de lógica, en los que se encuentran enunciados como “A tiene la propiedad Lucía” o bien “perro tiene la propiedad ratón”, ya que el símbolo B pertenece a la misma clase que el símbolo A. Además de estos errores graves y ulteriores de lógica elemental, la falta de distinción se favorece del hecho de que los textos de lógica hacen a menudo referencia a situaciones mucho más simples que las estudiadas por las ciencias sociales, en las que la organización principal de las informaciones (necesaria por el trazado de los estados de muchos objetos en muchas propiedades) convierte — o debería convertir — en mucho más evidente la necesidad de distinguir entre propiedades (un vector de la matriz) y estados (los varios valores posibles de aquel vector de la matriz). Entre los autores que se ocupan de la lógica de la comparación, sólo M. Zelditch (*Intelligible Comparisons* en I. Vallier, ed., *Comparative Methods in Sociology*. Berkeley, University of California Press, pp. 267-307) atribuye la importancia necesaria a la distinción entre propiedades y estados.

ejemplos iniciales: si los estados de la propiedad no son ordenables, el juicio será de igual / diferente: “Luis hace de geómetra, Teresa hace de médico”; “la tribu X es patriarcal, la Y es matriarcal”, “tal compuesto es un ácido y tal otro una base”.

Una consecuencia del hecho de que se comparen los estados y no los objetos es que para que exista comparación no es preciso que los objetos sean dos con tal de que los estados sean dos. En otras palabras, puedo comparar dos estados del mismo objeto en la misma propiedad, con tal de que se distingan con algún otro criterio. El criterio es el tiempo en el que se refieren los dos estados: así pues, son ejemplos de comparación las frases “Mario ha crecido respecto al año pasado” (la propiedad es la altura); “en los últimos cinco años la India ha experimentado una explosión demográfica” (la propiedad es la densidad de habitantes por km²); “la radioactividad de aquel isótopo del carbono se reduce cada año”.

Si nos detenemos a pensar, nos daremos cuenta que los puntos del tiempo en el momento del relevamiento de los diferentes estados en las propiedades son el cuarto tipo de elementos (junto con los objetos, propiedad y estados relativos) necesarios para la estructura lógica de la comparación. La presencia de este elemento no es siempre evidente, porque a menudo las frases con las que se muestra el resultado de una comparación lo sobreentienden, pudiendo dar por descontado que los puntos del tiempo son irrelevantes (se supone que el cobre será siempre mejor conductor que el hierro) o que el relevamiento de los estados es sincrónico (Lucia es más alta que Mario en este momento). Por otra parte, dejar de lado la importancia del elemento tiempo en la comparación no está exento de peligros, al menos en las ciencias sociales, donde los “estudiosos desprevenidos no distinguen que una cosa es el sincronismo cronológico (del calendario) y otra muy distinta es el sincronismo [...] de los tiempos históricos”.⁴ Sobre este punto volveremos sucesivamente.

1.1. Con las breves consideraciones desarrolladas hasta ahora sobre algunos ejemplos elementales de comparación, se pueden obtener ya algunas conclusiones. Por encima de todo, una definición de comparación como operación mental de confrontación de dos o más estados diferentes de uno o más objetos en una misma propiedad. Naturalmente, la confrontación es tan simple solamente en las formas más elementales de comparación; ésta se complica en las formas más complejas, como veremos. En cualquier caso, sin embargo, la comparación es una operación de confrontación entre estados. Esta operación mental presupone una actividad práctica de relevamiento de tales estados (mediante clasificación, ordenación, medición o conteo:⁵ todos estos cuatro procedimientos se usan en la vida cotidiana y en la práctica científica, aunque en esta última — pero no siempre — con mayores dificultades y/o con mayor precisión). Una vez relevados los estados y realizada la comparación, el resultado puede enunciarse con una frase del tipo de las ya vistas como ejemplos; frase que en filosofía del conocimiento se llama afirmación, justamente porque afirma alguna cosa sobre algún aspecto de la realidad. Sea la operación mental, sea la afirmación que enuncia los resultados, se denominan a menudo comparación.

Una segunda conclusión que se puede derivar de los ejemplos es que la comparación es una operación mental a la que se llega corrientemente también en la vida cotidiana y no sólo en la práctica científica — como parecen indicar muchos manuales sobre el tema,⁶ que presentan la

⁴ G. Sartori, “La política comparada: premisas y problemas”, *Rivista Italiana di Scienza Politica* I (1971), 10. Importancias análogas en J. Linz, “Ecological Analysis and Survey Research”, en M. Dogan y S. Rokkan (eds.), *Quantitative Ecological Analysis in the Social Sciences*, Cambridge, MIT Press, 1969, p. 99; S. Thrupp, “Diachronic Methods in Comparative Politics”, en R. T. Holt y J. E. Turner (eds.), *The Methodology of Comparative Research*, Nueva York, Free Press, 1970, p.346; H. H. Hyman, *Secondary Analysis of Sample Surveys*, Nueva York, Wiley, 1972, pp. 57 y 286-287; M. Zelditch, *op. cit.*, pp. 286-287.

⁵ Sobre estas formas de relevamiento de los estados, cfr. A. Marradi, “Medidas y escalas: algunas consideraciones y una propuesta”, *Quaderni di Sociologia*, 31 (1980-81), 595-639.

⁶ Cfr., por ejemplo, N. J. Smelser, *La comparación en las ciencias sociales*, Bolonia, Il Mulino, 1982; A. Przeworski y H. Teune, *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley, 1970; R. M. Marsh, *Comparative Sociology*, Nueva York, Harcourt, 1967. Al contrario, el hecho de que “la comparación es una característica general del pensamiento humano en lugar de un método especial de la antropología o de cualquier otra disciplina [...] Los profanos

lógica de la comparación como si fuese un patrimonio exclusivo de la ciencia. En las páginas precedentes hemos mostrado con ejemplos el perfecto isomorfismo estructural entre las formas más simples de comparación en las ciencias físicas, en las sociales y en la vida cotidiana. Más adelante mostraremos como este isomorfismo se extiende también a formas más complejas, aunque no a todas las más complejas. Por otra parte, veremos también como estas formas más complejas se han difundido en las ciencias sociales del siglo XIX no eran, en general, estructuralmente más complejas que las del hombre de la calle. La diferencia reside no tanto en el tipo de objetos (porque también el hombre sencillo puede comparar Francia y Estados Unidos) como (no siempre) en la mayor atención en el relevamiento de los estados en las propiedades y, sobre todo, en la capacidad de imaginar propiedades más significativas en las que comparar los objetos.

Una tercera conclusión, unida a la segunda, es que no solamente se comparan los estados, las sociedades o las culturas, como ha afirmado explícitamente Robert M. Marsh (“la sociología comparada puede definirse como el campo que se ocupa de la comparación sistemática y explícita de los fenómenos de dos o más sociedades”)⁷, y está implícito en los usos lingüísticos de politólogos, sociólogos y antropólogos: si se considera por ejemplo una afirmación tan difusa como “los sondeos comparativos no presentan ninguna diferencia sustancial respecto a los sondeos desarrollados dentro de una sola cultura”⁸ en la que es evidente la equiparación entre comparado y cross-cultural (otros ejemplos de tal equiparación se presentarán en los apartados sucesivos).

La cuarta conclusión, unida — como veremos — a la tercera, es que no tiene mucho sentido presentar la comparación como un método particular, alternativo de otros, de la ciencia.

Esta tesis, normal en los tiempos de los grandes esfuerzos de sistematización a escala planetaria de la historia humana, llevada a cabo por los sociólogos y antropólogos evolucionistas, fue criticada magistralmente —junto con los numerosos límites epistemológicos del evolucionismo — por Franz Boas a finales del siglo XIX.⁹ No obstante, se ha recuperado muchas veces recientemente y con una convicción particular por el politólogo holandés Arend Lijphart.¹⁰ Coloca el método comparado en el tercer lugar de una clasificación (ordenada según el grado decreciente de fiabilidad) de los métodos para el control de las hipótesis, detrás del método experimental y del método estadístico y por delante del método del estudio del caso. Criticar adecuadamente la tesis de Lijphart nos llevaría fuera del ámbito de este estudio; nos limitaremos a las observaciones más simples y más pertinentes a nuestro tema.

1. El experimento presupone la comparación, en cuanto — en su esquema clásico — permite sacar conclusiones de la comparación de los estados de la dependiente variable antes y después de la alteración de los estados de la o las variables operativas.¹¹

2. La expresión método estadístico es muy ambigua y criticable también por otros motivos. Lijphart la usa en el mismo sentido en que otros usan el desafortunado método cuantitativo, es

comparan tanto como los científicos” lo afirma O. Lewis, “Comparisons in Cultural Anthropology”, en W. L. Thomas (ed.), *Current Anthropology*, Chicago, University of Chicago Press, 1959, p.260.

⁷ R. M. Marsh, “Comparative Sociology 1950-1963”, *Current Sociology*, 14 (1966), 5; cfr. también E. H. Ackerknecht, *On the Comparative Method in Anthropology* en R. F. Spencer (ed.), *Method and Perspectives in Anthropology* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1954, 117-125; A.R. Radcliffe-Brown, “The Comparative Method in Social Anthropology”, *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 81 (1951), 15-22.

⁸ La cita se ha obtenido de F. W. Frey, “Cross Cultural Survey Research in Political Science”, en R. T. Holt y J. E. Turner, *op. cit.*, p. 183. Pero afirmaciones casi idénticas se encuentran en S. Verba, “Cross National Survey Research: the Problem of Credibility”, en I. Vallier, *op. cit.*, p. 313, y en R.T. Holt y J. E. Turner, “Introducción” a la *op. cit.*, p. 6.

⁹ F. Boas, “The Limitations of the Comparative Method of Anthropology”, *Science*, 4 (1896), editado en *Race, Language and Culture*, Nueva York, MacMillan, 1940, pp. 270-280. Como punto de mira de Boas estaban Spencer, Tylor, Frazer, Morgan, Westermarck, cuyas comparaciones planetarias se realizaban casi exclusivamente con informaciones de segunda mano — no así Darwin, inspirador, junto con los filósofos comparatistas, del movimiento evolucionista en las ciencias sociales.

¹⁰ Cfr. “Comparative Politics and the Comparative Method”, *American Political Science Review*, 65 (1971), 682-693.

¹¹ De esta misma opinión, entre otros, N. J. Smelser, *op. cit.*, pp.156-158; M. Zelditch, *op. cit.*, p. 271; Talcott Parsons, *The Structure of Social Action*, Nueva York, McGraw-Hill, 1937, p. 743.

decir, para designar la aplicación de técnicas de análisis basadas en el principio de las variaciones concomitantes a las relaciones entre dos o más variables cardinales o consideradas como tales. Pero tal aplicación consiste en poco más que una serie de comparaciones de diverso género (los valores observados con su media y con los valores predichos por la línea de regresión; los coeficientes empíricos con los esperados en base a diferentes hipótesis de distribución; etc.). Así pues, igual que el método experimental, el método estadístico también presupone la comparación. Por otra parte, los resultados del análisis estadístico pueden tomarse en consideración como objetos en algunos modelos complejos de comparación. La comparación y el análisis estadístico son dos operaciones de naturaleza diferente, que no se pueden considerar categorías alternativas y colocarlas en un mismo plano, en una clasificación de las formas de control de las hipótesis.

3. Por método comparado Lijphart entiende esencialmente una comparación entre dos o más sistemas políticos sobre la base de propiedades cualitativas (es decir, no susceptibles de análisis con técnicas estadísticas cardinales, porque en tal caso se entraría en la categoría superior). Ya hemos dicho que las comparaciones entre estados o sociedades no agotan las comparaciones posibles — además de la dificultad de trazar límites rigurosos entre sistemas políticos y otros objetos parecidos, sobre las que volveremos. Se acaba de decir, además, la imposibilidad de escindir el análisis estadístico cardinal de la comparación. Se puede añadir también que la comparación entre sistemas políticos sobre la base de propiedades cualitativas se produce muy a menudo con la ayuda de técnicas estadísticas no cardinales que no son, a priori, menos fiables que las cardinales, pero — como aquéllas — son más o menos fiables según la competencia y la habilidad de quien las usa.¹²

4. También en el estudio de un caso — especialmente si es un caso complejo, como un sistema político — es muy probable que se recurra a comparaciones diacrónicas y no diacrónicas, y a análisis estadísticos, cardinales y no cardinales, es decir a métodos de control que Lijphart distingue como más fiables. El estudio de un único sistema político se distingue por lo tanto de la comparación entre dos sistemas políticos, pero no del método comparado tout-court.

1.2. En este punto el lector podría preguntarse: visto que la comparación es un componente de cada tipo de investigación científica, y al que se recurre continuamente, también en la vida cotidiana, ¿no se trata de un concepto demasiado comprensivo como para servir de alguna utilidad?¹³ Si comparamos tan a menudo, ¿cuándo no comparamos?

En efecto, entre los pocos que se han ocupado de un problema tan arduo, se encuentran, no sólo los que afirman que “el análisis científico es un subconjunto del análisis comparados”,¹⁴ sino también los que afirman que “cada comportamiento implica comparación”,¹⁵ o que implican la clasificación, la descripción e incluso la denominación.¹⁶

A nuestro parecer, si la ciencia usa comparaciones en formas diversas y a diferentes niveles de complejidad, también usa muchos otros instrumentos (que a su vez pueden usar formas de comparación): todo esto no significa que se reduzca a alguno de estos instrumentos, incluida la comparación. Por otra parte, se sostiene que para clasificar, describir, denominar, se debe recurrir a comparaciones implícitas (y, en la mayoría de casos, absolutamente inconscientes). Pero es mejor sostener que para comparar es necesario haber denominado, clasificado anteriormente y— en

¹² G. Gangemi, *La lógica de la comparación: controles estadísticos y controles en el diseño de la investigación*, Messina, EDAS, 1984, ha sostenido recientemente el pleno paralelismo lógico entre las técnicas estadísticas cardinales y no cardinales, y su descendencia común de los cánones de John Stuart Mill.

¹³ Sobre la inutilidad de los conceptos demasiado comprensivos ha hecho hincapié Sartori (*op cit.*) con su análisis del concepto de *grupo* en las obras de los politólogos conductistas.

¹⁴ Cfr. M. J. Lévy, “Scientific Analysis is a Subset of Comparative Analysis”, en J. C. McKinney y E. A. Tiryakian, *Theoretical Sociology*, Nueva York, Appleton-Century-Croft, 1970, pp. 99-110.

¹⁵ Cfr. G. E. Swanson, “Frameworks for Comparative Research”, en I. Vallier, *op. cit.*, p. 141.

¹⁶ Cfr. N.J. Smelser, *op. cit.* p.3; A. Przeworski y H. Teune, *op. cit.*, p. 19. Ambos textos, después de haber propuesto, aunque sea de paso, acepciones tan amplias del término *comparación*, restringen, sin embargo, su tema a formas extremadamente limitadas (y por otra parte, inconciliables entre ellas) de comparación en la ciencia.

cualquier caso – descrito. Creemos, pues, que el término comparación designa sólo las comparaciones explícitas y conscientes — que en resumidas cuentas resulta su significado normal en el lenguaje ordinario).¹⁷

Aplicando esta delimitación en el campo de las ciencias sociales, vemos que se deja de lado un número de operaciones intelectuales suficiente para preservar el concepto de comparación del riesgo de omnicomprensividad. Paradójicamente, entre estos no-referentes del concepto de comparación encontramos muchos que, sin embargo, de una manera u otra, incluyen el término comparado. Por ejemplo, muchos cursos de *Comparative Politics* o *Comparative Government* en universidades norteamericanas son en realidad monografías sobre un único sistema político extranjero.¹⁸ Estos estudios de un caso se servirán aquí y allí de comparaciones, de análisis estadísticos, etc.; pero no es por esto por lo que se denominan comparados, sino por la comparación implícita, que queda implícita, de su objeto con el sistema político norteamericano (de hecho — como señalaba antes — para muchos la comparación se realiza sólo a nivel de estados o sociedades). Análogamente, muchos ensayos publicados en revistas como *Comparative Politics* son estudios de un único caso, y muchas antologías que llevan el termino comparativas en el título son simples yuxtaposiciones de monografías, cuyos objetos (sistemas políticos, sociales o culturales) no se comparan explícitamente sino en la introducción de los compiladores.¹⁹

2. Formas de comparación

En el apartado precedente hemos examinado algunos ejemplos elementales de comparación como operación mental. Los seis primeros ejemplos ilustran la forma más simple posible de comparación sincrónica: un solo punto en el tiempo, un sola propiedad, dos objetos, en consecuencia dos estados (el número de los estados para determinar es obviamente el producto de los otros tres elementos: número de los objetos por el número de las propiedades por el número de los puntos del tiempo). En la tabla 1, esta forma se denomina S1. Los últimos tres ejemplos ilustran la forma más simple posible de comparación diacrónica: dos puntos del tiempo, una única propiedad, un único objeto, dos estados para determinar (forma D1 en la tabla 1).

2.1. Naturalmente, también en la vida cotidiana no todas las comparaciones son tan simples. Veamos a continuación una forma aparentemente simple, pero en realidad mucho más compleja, extraída de la misma vida cotidiana. En la frase “cuando Mario está digiriendo, rinde menos en el estudio”, la comparación consta aparentemente de siete elementos de tres clases diferentes: un objeto, dos propiedades (el hecho que la digestión esté en curso o no y el rendimiento en el estudio), dos estados en cada una de las dos propiedades (en curso/ no en curso; rendimiento menor / mayor). Pero la frase es en realidad fruto de una inducción (ciertamente no exhaustiva ni rigurosa) de una serie de protocolos observativos del tipo: “hoy 25 de julio de 1982, Mario ha estudiado antes de la comida; ha tenido un gran rendimiento”. Cada uno de estos protocolos se compone de seis elementos: el objeto, el punto del tiempo (es decir, el momento al cual se refiere el protocolo), dos propiedades (fase de la digestión y rendimiento) y los respectivos estados. El punto del tiempo, que no aparece en la frase que enuncia la comparación debe notarse en los protocolos observativos, si no es posible asociar de dos en dos los estados en las diversas propiedades se asocian de hecho en base a su acaecer sincrónico.

Una vez se ha recogido un cierto número de protocolos y consta que el estado a (escaso) en propiedad A (rendimiento en el estudio) tiende a verificarse junto con el estado b (en curso) en la propiedad B (fase de la digestión), podremos, gracias a una inducción más o menos sólida, según el

¹⁷ Sobre la naturaleza *explicita* como requisito de la comparación insiste – por lo que se refiere a la comparación en la ciencia – G. Sartori, *op. cit.*, p. 7.

¹⁸ Cfr. sobre el tema las críticas de M. Zelditch, *op. cit.*, p. 270.

¹⁹ Cfr. para referencias y ejemplos, E. J. Feldman, “Comparative Politics: Field or Method?” *Comparative Politics*, 10 (1978), pp. 287-305; M. Zelditch, *op. cit.*, pp. 270-271.

número o variedad de los protocolos recogidos, prescindir de los protocolos con sus determinaciones temporales y agrupar las informaciones que ellos ofrecen, de modo que, sobre la base de la relación paralela entre estados en dos propiedades diferentes, se presenta un nexo entre propiedades diferentes—más o menos explícitamente.

Tabla 1 Algunas formas simples de comparación

forma de comparación	número de puntos del tiempo	número de propiedades	número de objetos	número de estados
S1	1	1	2	2
D1	2	1	1	2
D2	t	2	1	2t
S2	1	2	2	4
D3	n	2	2	4n
S3	1	p	2	2p
D4	n	p	2	2np
S4	1	2	r	2r
D5	n	2	r	2nr
S5	1	p	r	pr
D6	n	p	r	npr

Más que de un objeto y dos propiedades, esta forma de comparación (D2 en la tabla 1) consta en realidad de un número impreciso (t en la tabla) de puntos del tiempo (tantos como sean los protocolos) y de un número impreciso (2t) de estados para notar (dos estados para cada protocolo, porque son dos las propiedades).

Consideremos ahora un ejemplo sacado de las ciencias sociales (“en los Estados Unidos la tasa de inflación va a la par con la tasa de ocupación”) y uno sacado de las ciencias físicas (“el hierro se dilata con el aumento de la temperatura”). Ambas frases proponen el resultado de una inducción sobre la base de protocolos, cada uno de los cuales tiene seis elementos: un objeto (los Estados Unidos/ un trozo de hierro), el punto del tiempo al que se refiere el protocolo, dos propiedades (tasa de inflación y tasa de ocupación / temperatura y longitud) y los estados respectivos. Se trata, pues, de dos ejemplos perfectos de la forma D2 de comparación, es decir, de la forma más elemental del principio de las variaciones concomitantes. El hombre de la calle, así como el economista y el físico, puede observar y proponer una conexión recurrente entre los estados de una propiedad y los estados de otra propiedad. A este nivel, sobre la base de las simples observaciones, ninguno de los tres puede establecer que sea la propiedad A la que influya en la propiedad B, o bien si las variaciones concomitantes son provocadas por una tercera propiedad C, aún no observada o incluida en la comparación. Es probable que su sentido común y/o sus convicciones teóricas induzcan a los tres a hipotizar una cierta dirección del flujo causal y a excluir influencias significativas de terceras propiedades; pero tales hipótesis sólo se podrán controlar en una situación experimental (y la segunda hipótesis nunca de manera conclusiva).

En siglos de estudio de fenómenos físicos, se habrá aprendido a relacionar la temperatura y la longitud del hierro basándose en meras observaciones. A partir de éste, se habrá desarrollado una situación experimental ideal²⁰, que permitirá al físico experimental moderno, además de corroborar sus hipótesis, dar forma matemática a la relación entre las dos propiedades. La señora Rosa, madre de Mario, puede observar los efectos de un aligeramiento de las comidas del hijo e intentar manipular por su parte, en un diseño experimental rudimentario, otras posibles fuentes de influencia en su rendimiento. El economista difícilmente será capaz de manipular la tasa de inflación teniendo constantes todas las otras grandezas que pueden influir en la tasa de ocupación.

²⁰ Además, también en física y química los experimentos no nacen, en realidad, en su forma final racional y elegante que aparece en los manuales, sino que son el fruto de una larga y a menudo tortuosa serie de aproximaciones y refinamientos sucesivos. Sobre el tema, consultar L. Fleck, *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, Madrid, Alianza, 1986 [edición original de 1935].

2.2. Las consideraciones precedentes sobre las posibilidades de crear situaciones experimentales estaban unidas a los objetos de las comparaciones y no pretendían en absoluto establecer una gradación general entre las ciencias físicas, ciencias sociales y vida cotidiana (después de todo astrónomos y geólogos tampoco tienen la posibilidad de experimentar). Nuestra intención, sin embargo, era reclamar las condiciones y los límites en los que una comparación de la forma D2, o de formas más complejas, puede servir de base a una explicación, es decir a la institución de un nexo causal entre los estados de una propiedad y los estados de una u otra más.

Esta aclaración se hizo necesaria por el hecho de que algunos de los manuales más notables²¹ afirman o dan por descontado que la comparación (al menos en la ciencia, en la que los autores restringen su atención) deba servir siempre y únicamente a la explicación. Anticipando un tema del párrafo tercero, diré, sin embargo, que las dos funciones principales de la comparación en la vida cotidiana — resaltar aspectos diferentes de dos o más objetos, observar las fases de un proceso de cambio — están entre las funciones de la comparación también en la ciencia, siempre que no se adopte una acepción muy limitada del término ciencia. Incluso cuando la comparación se oriente a resaltar, no diferencias entre objetos, sino conexiones regulares entre propiedades, no necesariamente se atribuirá a tales conexiones un valor explicativo, concluyendo que una propiedad influye en la otra. En ciertas situaciones, no tenemos conocimientos suficientes para establecer una dirección causal cualquiera en las comparaciones entre las propiedades, en otras situaciones (por ejemplo, cuando controlamos la congruencia entre más indicadores del mismo concepto y, en consecuencia, también del análisis factorial) la dirección causal, suponiendo que exista, no nos interesa, sino que lo que nos interesa es justamente la simple conexión o covariación entre dos o más propiedades.²²

Ilustremos estas tres posibles funciones de la comparación recurriendo a un modelo ligeramente más complejo que los precedentes: comparación entre los estados de dos objetos en dos propiedades. La frase “Mario es más aplicado, pero Juana es intelectualmente más vivaz” puede servir simplemente para caracterizar a los dos estudiantes. Pero puede resultar también el indicio de una conexión (en este caso inversa) entre dos propiedades: diligencia y vivacidad intelectual. A esta conexión, una vez se ha establecida empíricamente, cualquiera podrá dar también una interpretación causal (la diligencia tiende a disminuir la vivacidad intelectual), o bien la opuesta (la vivacidad intelectual hace más difícil ser diligente).

Los elementos de esta comparación son (al menos) nueve: dos objetos, dos propiedades, un punto del tiempo (suponiendo que se base en un solo relevamiento), cuatro estados (forma S2 en la tabla 1). Quien desee conferir mayor robustez a su afirmación dará importancia a los estados en más puntos del tiempo (forma D3 en la tabla 1). Naturalmente, no es difícil encontrar ejemplos estructuralmente idénticos en las ciencias físicas (“el cobre es más dúctil y mejor conductor que el hierro”) y en las ciencias sociales (“la tribu X es esogámica y patrilocal. La tribu Y es endogámica y matrilocal”).

Según las finalidades por las que se recurra a la comparación, se podrá enriquecer el modelo en esta o aquella dirección: quien esté simplemente interesado en una comparación entre Mario y Juana, entre cobre y hierro, o entre tribu X y tribu Y, relevará sus estados en varias propiedades, en lugar de hacerlo en sólo dos (formas S3 y D4 en la tabla 1). Quien esté interesado en establecer una conexión entre pares de propiedades deberá ante todo aumentar el número de objetos (y en consecuencia el de los estados): es bastante arriesgado establecer conexiones entre propiedades sobre la base de los estados de dos únicos objetos (forma S4 en la tabla 1). Naturalmente, relevamientos repetidos en más puntos del tiempo aumentan la robustez de las conclusiones (forma D5). Finalmente, el que esté interesado en una interpretación causal de la conexión deberá aumentar, además del número de los objetos, también el número de las propiedades, relevando los

²¹ Hacemos referencia de manera particular a N. J. Smelser, *op. cit.*, y A. Prezworski y H. Teune, *op. cit.*

²² De la misma opinión es M. Zelditch (*op. cit.*, p. 269); “no todas las comparaciones tienen finalidades explicativas. La comparación también es importante para estudios descriptivos”.

estados de los objetos en todas las propiedades juzgadas, en un modo o en otro, relevantes para una interpretación causal de la relación (formas S5 y D6 en la tabla).

2.3. El lector habrá observado que en los ejemplos expuestos hasta aquí, la naturaleza del objeto no influía en la estructura de la comparación. Esto porque siempre se comparaban los objetos enteros, no sus partes. Pero también son posibles modelos de comparación en los que la naturaleza del objeto es importante, en cuantos objetos complejos (estados, sociedades, culturas, etc.) se comparan sobre la base de las propiedades de objetos más simples, considerando sus partes o miembros: o bien objetos simples, antes de ser comparados, se agrupan sobre la base de su pertenencia a este o aquel objeto más complejo. La diferencia entre los dos modelos es a menudo una cuestión de matices, como se demostrará comparando las dos frases: “Alemania tiene ciudadanos más trabajadores que Italia” y “los alemanes son más trabajadores que los italianos”. Este modelo, ya presente en forma embrional en las investigaciones de los grandes comparatistas del siglo XIX (Tocqueville, Durkheim, Weber) se desarrolla, se difunde y adquiere autonomía en la segunda mitad de nuestro siglo, favorecido por la difusión de las técnicas de sondeo mediante entrevista individual, por nuevas posibilidades de elaborar electrónicamente grandes cantidades de datos y por el reciente interés por la comparación a gran escala, patrocinada en América por el *Committee on Comparative Politics* del *Social Science Research Council*, inspirado por Gabriel Almond, y en Europa por el *European Consortium for Political Research*, inspirado por Stein Rokkan. En confirmación de su autonomía, el modelo se distingue de otros modelos de comparación mediante términos específicos (*comparative survey analysis* o, más generalmente, *comparative microanalysis*, en contraposición a la *macroanalysis*, que compara los sistemas en base a sus propiedades globales)²³

Desde el punto de vista lógico, el modelo *comparative microanalysis* tiene diferentes articulaciones. Su forma más simple es la comparación de las distribuciones de los estados en esta o aquella propiedad entre los individuos que pertenecen a los diversos sistemas (estados, sociedades, culturas, etc.) en el transcurso de la comparación. Si las propiedades son categoriales, la comparación tiene lugar mediante yuxtaposición de distribuciones de frecuencia (“esta respuesta la ha dado el 32 % de los ingleses, el 21% de los mexicanos, el 17 % de los italianos...” [se entiende: interrogados] y así sucesivamente). Si las propiedades se tratan como cardinales, la comparación se realiza, más sintéticamente, sobre la base de las medias y quizá de las medidas de dispersión como la varianza.

Una forma lógicamente más compleja de *comparative microanalysis* es la comparación de las relaciones entre propiedades individuales calculadas separando los individuos que pertenecen a cada sistema. “En Italia la correlación entre instrucción y provecho es de .15, en Francia de .21, en Suecia de .18”, es un ejemplo de las proposiciones que se pueden producir mediante un modelo de este tipo. Según la naturaleza de las propiedades y de las finalidades del estudio, pueden compararse tabulaciones cruzadas y medidas relativas de asociación, análisis factoriales (en tal caso se podrá averiguar qué dimensiones conceptuales aparecen más significativas en los diversos sistemas), regresiones y *path analyses* (con la finalidad de comparar los modelos de influencia causal que emergen en este y aquel sistema).²⁴

²³ Cfr. S. Rokkan y otros, *Comparative Survey Analysis*, Paris, Mouton, 1969. La expresión *comparative microanalysis* la ha divulgado S. Rokkan (*Ciudadanos, Elecciones, Partidos*, Bolonia, Il Mulino, 1982), que atribuye al politólogo sueco H. Tingsten (*Political Behaviour*, Londres, King, 1937) la primera intuición de sus potencialidades. Por otra parte, los dos sondeos transnacionales más importantes se sitúan en la segunda mitad de los años cincuenta: D. Lerner, *The Passing of Traditional Society*, Glencoe, Free Press, 1958; G.A. Almond y S. Verba, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963.

²⁴ Las ventajas epistemológicas en conexión con la comparación de relaciones entre las variables en sistemas diferentes las ha ilustrado S. Verba, *CrossNational*, ed. cit., y S. Rokkan, “The Comparative Survey of Political Participation”, en A. Ranney (ed.), *Essays in the Behavioral Study of Politics*, Urbana, University of Illinois Press, 1962, pp.47-90. El análisis factorial es una técnica compleja para extraer de un gran grupo de variables uno o más *factores* que sintetizan las dimensiones fundamentales. A través de la regresión se representan con coeficientes las posibles

Cabe señalar que, con los modelos de *comparative microanalysis* presentados hasta aquí la pertenencia de un individuo a un sistema u otro no se puede introducir en un modelo explicativo; su eventual influencia causal sobre otra propiedad (“los alemanes son trabajadores porque son alemanes”) puede estimarse intuitivamente pero no medirse. Para medirla se debe recurrir a un modelo más sofisticado, es decir, a un análisis de la variación en el que la pertenencia a uno u otro sistema sea la o una de las variables independientes. Si después se quiere medir cuánto influye la pertenencia en un sistema sobre las relaciones entre dos o más propiedades individuales, se recurrirá a un análisis de la covariación o a una regresión múltiple en la que la pertenencia sistemática se ha transformado en *dummy variable*.²⁵

La lógica de estos modelos que miden la influencia de la pertenencia a un sistema antes que a otro está ilustrada de manera excelente por Przeworski y Teune en su importante manual de Lógica de la comparación. A tales modelos este manual está dedicado de manera casi exclusiva – del resto – lo que resulta coherente con la elección de sus autores de definir “estudios comparados [...] aquellos en los que la influencia de sistemas más amplios sobre características de las unidades en su interior se examina en alguna fase de análisis [...] [así pues] no todos los estudios realizados en sistemas o naciones diferentes, sino [...] [sólo aquellos que] incluyen al menos dos niveles de análisis”.²⁶

Esta definición, que en rigor no incluye todas las *comparative microanalyses* (de hecho, éstos no necesariamente examinan la influencia de la pertenencia sistémica), delimita el significado de *comparación* de manera aún más drástica de cuanto lo hacia — por ejemplo — Smelser. Y entre otras cosas excluye sin lugar a dudas aquellos estudios de las relaciones entre propiedades globales de macro-sistemas que para Smelser constituyen, en cambio, la quintaesencia de la comparación y que se corresponden con las formas S5 o D6 de la tabla 1.

2.4. En los últimos decenios, en las ciencias sociales, se han imaginado modelos de comparación aún más complejos: el más complicado, desde un punto de vista práctico, es el *cross-national* (o *cross-cultural*) *panel*, en el que los estados en muchas propiedades de muchos individuos pertenecientes a más objetos-sistema (estados o culturas) son relevados en más puntos del tiempo, permitiendo diferentes combinaciones de análisis sincrónicas y diacrónicas. Por los enormes problemas metodológicos, lógicos, financieros, tales proyectos se conciben raramente y todavía más raramente se llevan a buen término.²⁷

Más complejos desde el punto de vista estructural, pero menos exigentes en la práctica porque pueden conducirse en ámbitos geográficos también muy reducidos, son los modelos del tipo multi-level, con los que se revelan los estados (en varias propiedades) de objetos situados a dos o más

influencias causales de una o más variables, llamadas *independientes*, sobre una variable considerada dependiente suya. A través de la *path analysis*, tales coeficientes se pueden ampliar a una entera red de relaciones causales entre variables.

²⁵ El análisis de la varianza es una técnica que representa con coeficientes cardinales las relaciones entre una variable cardinal y una o más variables no cardinales (clasificaciones, ordenadas o no).

El análisis de la covariación estudia las relaciones entre dos o más variables cardinales en el interior de las categorías de una o más variables no cardinales. Una *dummy variable* (variable ficticia) muestra la pertenencia (valor 1) o no (valor 0) de una unidad a un grupo, sistema o parecido. Así, con $n-1$ *dummy variables* es posible atribuir las unidades a los n estados (regiones, comunidades, grupos) a los que pertenecen, y valorar — por otra parte de manera algo discutible — el efecto de tal pertenencia sobre la variable dependiente en una ecuación de regresión.

²⁶ A. Przeworski y H. Teune, *op. cit.*, p.74. En la página 37 los autores afirman explícitamente que “un estudio dirigido exclusivamente a nivel de naciones no es un estudio comparado”.

²⁷ El *cross-national panel* más ambicioso que se ha experimentado hasta ahora se creó en 1970 aproximadamente por un grupo de politólogos de la Universidad de Michigan, que tenían la intención de estudiar “insatisfacción, protesta y cambio en las sociedades industriales avanzadas”. Se invitaron a colaborar *équipes* de estudiosos ingleses, alemanes holandeses, austríacos, italianos, suizos, finlandeses, franceses, canadienses, japoneses; los tres últimos no aceptaron, así que la primera prueba se realizó entre el 1973 y el 1975, en ocho países, entrevistando a más de quince mil individuos con un cuestionario terriblemente largo y difícil. Después de la primera ola el conjunto del problema y del trabajo se juzgó de excesivo por otros *équipes* — entre ellos, los italianos, dirigidos por Sartori y más adelante por quien escribe. El segundo relevamiento se llevó a cabo solamente en cuatro naciones.

niveles de agregación (individuos, grupos, barrios, comunidades, etc.), comparando después de algún modo los estados y las relaciones existentes entre ellos.

Ya Durkheim había recurrido a comparaciones de este tipo en su estudio sobre las distintas causas del suicidio, especialmente en el análisis del suicidio de los militares.²⁸ Pero quizá la comparación *multi-level* más célebre es la de William Robinson, que mostró como la correlación entre el porcentaje de habitantes negros y el porcentaje de analfabetos en un condado era mucho más alta que la correlación a nivel individual entre analfabetismo y pertenencia a la raza negra.²⁹ Robinson, y siguiendo sus pasos, muchos conductistas norteamericanos, se valió de este resultado para lanzar una especie de maldición contra el uso de datos relativos no a individuos sino a unidades territoriales, en polémica con la tradición europea y, en particular, la francesa, que recurría a tal unidad.

Algunos estadísticos, sin embargo, se inspiraron en esto para diseñar un tipo particular de comparación *multi-level*, teniendo como finalidad justamente el estudio de cómo las relaciones entre propiedades cambiaban al cambiar el nivel de agregación de los objetos cuyos estados en aquellas propiedades se habían relevado. Blalock, siguiendo el trabajo de Robinson, mostró por ejemplo que la correlación entre porcentaje de negros y porcentaje de analfabetos se estrecha poco a poco pasando del nivel de los condados al nivel de los estados federales y, finalmente, al nivel de las grandes reparticiones geográficas del territorio norteamericano (Middle West, Deep South, New England, etc.). Por otra parte, el mismo fenómeno se había observado años antes, a propósito de la correlación entre las producciones de grano y de patatas por el gran estadístico inglés Udny Yule. Más recientemente, se ha demostrado que el *aggregation bias* (distorsión producida por la agregación) se puede remediar a menudo introduciendo otras variables en el modelo.³⁰

Un modelo de comparación *multi-level* especialmente sofisticado es la comparación internacional de comparaciones intranacionales descrita por Juan Linz. Ésto presupone la relevancia de los estados de objetos a más niveles diversos (individuos, provincias, regiones) dentro de más sistemas políticos que después se compararán sobre la base de los resultados de diferentes comparaciones realizadas a nivel de las diferentes unidades intermedias en su interior. De esta manera — más bien que con una comparación directa entre los sistemas políticos considerados globalmente — es posible tener presente los distintos modos del estado diferente de desarrollo civil, económico y político de las diversas unidades estatales y subestatales.³¹

No tenemos noticia de modelos de comparación estructural más complejos que los descritos en este último párrafo y concluimos, pues, la reseña, esperando que la extrema variedad de formas comparadas sirva para mostrar la precipitación de aquél que proclama que esta o aquella forma es la única, a menudo sin mencionar siquiera la existencia de otras.

3. Finalidades de la comparación

Al igual que en las formas de comparación existe también una gran variedad en las finalidades por las que se recurre a esta operación mental. Se ha hablado ya de las finalidades por las que se

²⁸ E. Durkheim, *Le Suicide. Etude de Sociologie*, Paris, Alcan, 1897.

²⁹ W. S. Robinson, "Ecological Correlation and the Behaviour of Individuals", *American Sociological Review*, 15 (1950) pp. 351-357. Entre las mejores respuestas de investigadores europeos a la polémica llevada a cabo por Robinson, cfr. J. Linz, *op. cit.*, y otros ensayos (S. Rokkan, E.K. Scheuch) incluidos en la antología a cargo de M. Dogan y S. Rokkan, ed. cit. S. Verba (*Cross-National*, ed. cit., p. 353) ha descrito numerosos estudios basados en comparaciones *multi-level*.

³⁰ H. M. Blalock, *El analisis causal en sociología*, Padova, Marsilio, 1967. G. Udny Yule, *An Introduction to the Theory of Statistics*, Londres, Griffin, 1911. Las soluciones al *aggregation bias* las han tratado con gran profesionalidad L. I. Langbein y A. J. Lichtman, *Ecological Inference*, Londres, Sage, 1978.

³¹ J. Linz, *op. cit.*, pp. 99-128. Una mayor atención por niveles intermedios entre el individuo y el estado la han llevado a término S. Rokkan, *Ciudadanos*, ed. cit., S. Verba, *Cross-National* ed. cit., p. 355, y — con particular interés — I. Vallier, "Empirical Comparisons of Social Structure: Leads and Lags", en la antología a cargo de él mismo, *op. cit.*, pp. 208-215.

puede comparar en la vida cotidiana (resaltar diferencias entre los objetos, las fases de un proceso de cambio, evidenciar asociaciones entre propiedades, eventualmente para inferir una relación causal entre éstas). El presente apartado estará dedicado, por lo tanto, a una clasificación de las finalidades atribuidas explícita o implícitamente a la comparación en el ámbito de la investigación científica. Las diferentes tesis se presentarán en orden de importancia creciente atribuida al objeto en su conjunto, respecto a sus específicas propiedades y a las relaciones entre éstas.

3.1. La mínima importancia posible al objeto la dan los que sostienen que el objetivo de la investigación comparada debe ser “sustituir a nombres de variables por nombres de sistemas sociales”.³² Przeworski y Teune, partidarios de esta tesis, sostienen también — como se ha visto anteriormente — que el comparatista debe tomar en consideración la influencia de los sistemas más amplios sobre unidades que las componen. Esto, justamente, para alejar tal influencia de su carácter único, *system-specific*, reduciéndola a una serie de componentes perfectamente controlables y reproducibles: los alemanes son más trabajadores no porque son alemanes, es decir, producto de una cierta historia y de una cierta cultura, sino porque su socialización pone mayor atención en la disciplina, la religión más difundida entre ellos remarca el *achievement* individual, su organización del trabajo es mejor, y así sucesivamente hasta descomponer la “alemanidad” en todos sus componentes.

El programa atrae sin lugar a dudas: tiene la fascinación de todas las construcciones perfectamente racionales. Eso presupone un conocimiento *configurativo* de las características de un sistema social y cultural que puede derivar sólo de un estudio comparado dirigido con otras finalidades y criterios (véase más adelante). Además de la dificultad de dominar conceptualmente toda la sutil red de interrelaciones entre los elementos que constituyen una cultura, y aún más la dificultad de transformar todo esto en variables adecuadamente operativizadas³³, y dominar las interrelaciones con las técnicas de análisis a las que Przeworski y Teune hacen referencia implícita, aplazan para un futuro incierto y lejano la factibilidad de su programa en lo que concierne a las ciencias sociales. No es por casualidad que su argumento favorito (si el agua hierve antes en Denver que en Nueva York, esto no deriva de una misteriosa e intangible Denveridad) toma en consideración objetos, propiedades y procesos del mundo físico (agua, altitud, presión, temperatura, ebullición). El ejemplo es muy cómodo para los autores porque es un caso de modelo perfectamente especificado con una sola variable independiente (la altitud), una que interviene (la presión atmosférica) y una dependiente (la temperatura de ebullición).³⁴ Pero modelos tan simples son una quimera en las ciencias sociales donde un fenómeno no es nunca el producto de una o dos únicas causas. Lo reconocen los mismos autores, cuando en otro pasaje del mismo manual afirman que “los fenómenos sociales varían en síndromes y resulta difícil aislar factores experimentales”³⁵ sin darse cuenta que esto hace, como se puede observar, su programa difícilmente realizable.

Cabe señalar que la perspectiva en la que se mueven Przeworski y Teune (los nombres propios de los sistemas sociales pueden concebirse como sucedáneos de una serie de variables que aún no conocemos) había sido formulada diez años antes por Stefan Nowak. Sin embargo él no había sacado la conclusión de que todos los sistemas están destinados a disolverse sin dejar rastro como consecuencia del análisis comparado, en un haz de estados en propiedades. Él sólo derivó la directiva metodológica de comparar los sistemas en los que se confirmaba una cierta generalización

³² A. Przeworski y H. Teune, *op. cit.*, p. 8. Cfr. también H. Teune y K. Ostrowski, “Political Systems as Residual Variables: Explaining Differences within Systems”, *Comparative Political Studies*, 6 (1973), 3-21.

³³ Prefiero utilizar este término en lugar del más difundido ‘operacionalizar’ que me parece más rebuscado (*autor*).

³⁴ Operativizar una variable significa establecer las reglas y realizar las operaciones necesarias para que sus estados en los varios objetos se transformen en valores determinados en una matriz; la operativización será correcta cuando los estados no se alteren sensiblemente en este proceso. Se habla de un modelo bien especificado cuando incluye todas las variables que ejercen una influencia importante sobre la dependiente. Se habla de una variable interviniente cuando influye la dependiente, pero está influida por una o más independientes.

³⁵ A. Przeworski y H. Teune, *op. cit.*, p. 38.

con aquellos en los que ésta había sido falsificada, con el fin de sacar indicios importantes sobre variables que habrían podido especificar mejor aquella generalización.³⁶

3.2. Una segunda posible finalidad de la investigación comparada es someter a control la validez universal de una ley o de una teoría. En este caso la especificación de los contextos no se somete a una erosión progresiva como en el caso precedente, sino que se procura demostrarla irrelevante respecto a una cierta proposición o sistema de proposiciones. Cabe señalar que este objetivo está recalcado, explícita o implícitamente, por todos los estudiosos que asignan fines exclusivamente nomotéticos a las ciencias sociales. “La finalidad declarada de las generalizaciones comparadas es de establecer proposiciones de validez universal”, afirma el politólogo Carl Friedrich; y el antropólogo George P. Murdock: “Una ciencia del hombre de validez general debe controlarse con referencia a los diferentes comportamientos humanos de las miles de sociedades diferentes de la muestra”.³⁷

Es probable que los muchos que firmaron este programa para la investigación comparada no haya reflexionado seriamente sobre el significado del término universal (válido siempre y en todas partes). Como observa Swanson, “en el momento en que uno piensa poner en práctica esta prescripción, su futilidad es inmediatamente evidente”.³⁸ Procuremos analizar los motivos.

A) El primer problema es el de la accesibilidad de los objetos cuyos estados deberían ser relevados. La gran mayoría de los individuos, de los grupos, de las instituciones, de las sociedades que han existido sobre el planeta, ha desaparecido sin dejar ninguna huella y, por tanto, una afirmación que la afecte no es controlable empíricamente. Pero también el limitar el hecho de llevar generalizaciones a los objetos existentes en el momento del estudio no mejora mucho la situación. No se puede pensar, de hecho, llegar a todos los individuos vivos y extraer una muestra aleatoria (visto que más de dos tercios de la población mundial no ha sido ni siquiera nunca censados). Problemas similares valen también para grupos, instituciones, culturas y todos los objetos a niveles superiores de agregación, salvo — aparentemente — para los estados. De hecho, existen organizaciones internacionales (ONU, UNESCO, FAO, etc.) en los que participan prácticamente todos los estados del planeta — y esto da una confortante sensación de conclusión a muchos investigadores.³⁹

Queda el hecho de que gran parte de los estados representantes de estas organizaciones no permitirían ciertamente a un equipo de estudio a escala planetaria establecer contacto libremente con sus ciudadanos comunes. Estos estados publican sólo las informaciones que creen útiles dar, en la forma que creen conveniente y sin la posibilidad de control. Por otra parte, las informaciones oficiales dadas también por los estados más abiertos a la investigación internacional presentan

³⁶ S. Nowak, “General Laws and Historical Generalizations in the Social Sciences”, *Polish Sociological Bulletin* I (1961), 21-30. La diferencia entre la posición de Nowak y la de Przeworski y Teunc parecerá sutil, pero es importantísima, ya que sólo el primero reconoce los límites gnoseológicos de nuestro proceso de *extracción* de las propiedades relevantes de un sistema.

³⁷ C. Friedrich, “Some General Theoretical Reflections on the Problem of Political Data”, en R. L. Merritt y S. Rokkan, *Comparing Nations*, New Haven, Yale University Press, 1966, pp. 57-72; G. P. Murdock, “Anthropology as Comparative Science”, *Behavioral Science*, 2 (1957), 249. Cfr. afirmaciones análogas de R. M. Marsh, *Comparative Sociology*, ed. cit., p. 332; R. Braibanti, “Comparative Political Analytics Reconsidered”, *Journal of Politics*, 30 (1968), p. 32.

³⁸ G. E. Swanson, *op. cit.*, p. 144.

³⁹ De hecho, no se cuentan las investigaciones comparadas a escala planetaria (bautizadas felizmente como comparaciones-exprés por Kingsley Davis) que han resuelto el problema de los objetos para estudiar recorriendo simplemente a la lista de los estados representados en la ONU. Vale mencionar C. L. Taylor y M. C. Hudson, *World-Handbook of Political and Social Indicators*, New Haven, Yale University Press, 1973. Sobre los puntos negativos de estas compilaciones y parecidas, me pueden permitir hacer referencia a mi recensión en los *Quaderni di Sociologia*, 25 (1976), 415-416.

generalmente problemas graves y evidentes de espera, sobre los que los usuarios cierran los ojos para no ver.⁴⁰

B) Además, el recurso a la lista de los estados miembros de la ONU supone otros problemas: ¿es posible considerar objetos de pleno título y, al mismo nivel, el sistema político de los Estados Unidos y el del atole de Nauru, formalmente independiente? ¿Y, sin embargo, no considerar el estado de California? Y si después se consideran objetos las propiedades o las culturas, como obviamente prefieren hacer sociólogos y antropólogos, los problemas no se reducen. Como observa Edmund Leach, sociedades y culturas, a diferencia de los individuos, no son tangibles e independientes de las definiciones de los investigadores. Zelditch pone el ejemplo de Italia, haciendo una lista de diez motivos para considerarla una sociedad única y otros tantos motivos para considerarla compuesta de sociedades distintas.⁴¹

También en las colecciones de informaciones antropológicas más prestigiosas a nivel internacional — las de Steinmetz a finales del siglo pasado, Hobhouse a principios de éste, y de Murdock a partir de los años treinta — el problema de la selección de las sociedades o culturas se afronta “de manera más bien desenvuelta, sin basarse en criterios sistemáticos [...] algunas “sociedades” consisten en una sola tribu, otras coinciden con naciones enteras”.⁴² Murdock ha expuesto sus criterios de *muestra* de las sociedades; queda el hecho de que — como Gideon Sjöberg ha señalado — cuando los objetos que pertenecen al universo se definen de una manera vaga y discutible, no se puede hablar de muestra aleatoria y además aplicar tests de inferencia en el universo como hace Murdock.⁴³ Paradójicamente, la definición del objeto es un preliminar inevitable en un diseño que procura afirmar la no especificidad del objeto mismo, como la investigación comparada de criterio rígidamente nomotético.

Más que auto-ilusionarse con caricaturas de una imposible muestra aleatoria, quien propone generalizaciones universales debería, como aconseja Nowak, ir a buscar los casos previsiblemente más desfavorables a su generalización y concentrar sobre ellos sus esfuerzos de control empírico. Pero, aparte del hecho de que algunas veces es realmente difícil individuar a priori los casos desfavorables — es un poco irreal suponer que los científicos (sociales y no) apliquen rigurosamente los cánones de la falsificación popperiana. Como muestra Smelser a partir de una notable experiencia, es más probable que quien propone una teoría estudie e ilustre solamente los casos que la demuestran e ignore los otros que podrían parecer menos favorables.⁴⁴

C) Aún si las sociedades-objeto se definiesen de manera satisfactoria, sólo las que se desarrollasen en plena autonomía recíproca podrían constituir una base adecuada para una generalización nomotética. De hecho, el paralelismo entre los estados de dos o más propiedades podría deberse no a una conexión casual o funcional entre las mismas propiedades, sino a fenómenos de difusión de tales estados de una sociedad a otra, por vía de la conquista, imitación, etc. Este problema de Galton (por el apellido del antropólogo que lo sostuvo primero) ha sido afrontado seriamente por muy pocos comparatistas, pero es prácticamente insuperable por todas las

⁴⁰ Con alguna excepción; cfr. por ejemplo las declaraciones de S. Verba, “The Uses of Survey Research in the Study of Comparative Politics”, en S. Rokkan y otros (ed.), *Comparative Survey Analysis*, París, Mouton, 1969, p. 58; J. La Palombara, “Parsimony and Empiricism in Comparative Politics”, en R.T. Holt y J. E. Turner, *op. cit.*, p. 147; F. W. Frey, *op. cit.*, p. 201; S. Thrupp, *op. cit.*, p. 348.

⁴¹ Cfr. E. R. Leach *The Comparative Method in Anthropology*, en *Intern. Encycl. of the Social Sciences*, 1, 1968, p. 343; M. Zelditch, *op. cit.*, 285-286. Para una crítica del estado como unidad de comparación, S. Verba, *The Uses* cit., p. 58.

⁴² Cfr. L. T. Hobhouse, G. C. Wheeler y M. Ginsberg, *The Material Culture and Social Institutions of Simpler Peoples*, Londres, Routledge, 1915; G.P. Murdock, *Studies in the Science of Society*, New Haven, Yale University Press, 1937; *Social Structure*, Nueva York, MacMillan, 1949. La crítica en el texto aparece en I. Vallier, *Empirical* ed. cit., pp. 251 y 253.

⁴³ G.P. Murdock, *Studies*, ed. cit., p. 460; “World Ethnographic Sample”, *American Anthropologist* 59 (1957), 664-687; “Cross-Cultural Sampling”, *Ethnology* 5 (1966), 99-114. Las observaciones de G. Sjöberg están en “The Comparative Method in the Social Sciences”, *Philosophy of Science*, 22 (1955), 112.

⁴⁴ S. Nowak, *Understanding and Prediction*, Dordrecht, Reidel, 1976, p. 144; N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 32.

sociedades modernas, caracterizadas de manera determinante — como ha demostrado Wallerstein⁴⁵ — por contactos y uniones a través de sus confines.

D) Mientras que los objetos para comparar deberían ser no sólo diferentes, sino rigurosamente independientes, la propiedad en que se comparan los estados en los diferentes objetos debería ser, sin embargo, la misma. Pero, ¿cómo se pueden comparar las tasas de criminalidad de sociedades que definen los actos criminales de manera radicalmente diferente? Y ¿el ingreso procapite en una economía altamente monetarizada con el de una economía basada en el autoconsumo?

Muchos han observado que las elecciones son fenómenos diferentes en los sistemas pluripartidistas y en los monopartidistas; criticando una importante investigación comparada realizada en India, Yugoslavia, Polonia y Estados Unidos, el sociólogo polaco Edmund Mokrzycki ha observado que también conceptos como gobierno local, *leader* local, participación política y similares son desviados, aplicados al sistema político de su país. Al politólogo occidental no le resulta fácil — observa Sartori — darse cuenta de la medida en la que “nuestro vocabulario político [...] refleja las experiencias del mundo occidental y está hecho para interpretar aquel mundo”. Además, munidos de aquel vocabulario los politólogos “han ido a buscar afuera los mismos fenómenos con los que tenían familiaridad en casa [...] intercambiando las características de los Estados Unidos del siglo XX para la naturaleza esencial de la sociedad humana”.⁴⁶ Lo mismo ha sucedido a sociólogos, antropólogos y — según Gumperz — incluso a los lingüistas.

El funcionalismo ha procurado corregir esta distorsión adoptando categorías conceptuales más neutras (rule adjudication en lugar de función judicial y así sucesivamente). Pero también conceptos como articulación y agregación de los intereses sufren de la orientación bargaining de la cultura occidental y son de dudosa aplicación en culturas patriarcales. Lo que es peor, en los estudios comparados del periodo funcionalista, el etnocentrismo echado por la puerta ha entrado por la ventana, a través de la elección de los indicadores y las definiciones operativas de propiedades que, por tener la generalidad deseada, no podrían ser más que estrechamente vagas y abstractas. El propio padre del movimiento funcionalista en política comparada, Almond, ha recibido un diluvio de acusaciones de etnocentrismo cuando ha dirigido un estudio sobre la cultura cívica de cinco sociedades nacionales, por otra parte no tan distantes en el plano cultural (Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania, Italia, México).⁴⁷

El problema de comparar “la misma propiedad” en sistemas sociales y culturales diferentes se coloca de hecho — como observa Smelser en el notable tratamiento dedicado al argumento — en dos niveles diversos: el conceptual-definitorio y el operativo. Y es justamente el relevamiento operativo de los estados en las propiedades que presenta las dificultades más inaccesibles dado que, por ejemplo, cuando para neutralizar la familiaridad diferente con las expresiones verbales en las diversas culturas se han sustituido las frases de un cuestionario con imágenes, se ha constatado que

⁴⁵ I. Wallerstein, *The Modern World System*, vol. 1, Nueva York, Academic Press, 1974.

⁴⁶ E. Mokrzycki, *Comparative Studies: The Problem of Context*, en M. Niessen y J. Peschar (ed.), *Internacional Comparative Research*, Nueva York, Pergamon Press, 1982 pp. 46-47. La investigación que ha criticado es Ph. Jacob y otros, *Values and the Active Community*. La cita de G. Sartori es de *op. cit.*, p. 18. La última cita es de L. Strauss, *What Is Political Philosophy?* Glencoe, Free Press, 1954, p. 106. J. J. Gumperz critica el etnocentrismo de los lingüistas en “Language and Communication”, *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 373 (1967), p. 219.

⁴⁷ G. A. Almond y S. Verba, *op. cit.* Entre los críticos más severos de esta obra, E. K. Scheuch, “Society as Context in Cross-Cultural Comparison”, *Social Science Information*, 6 (1967), 7-23; Ph. H. Melanson y L. R. King, “Theory in Comparative Politics. A Critical Appraisal”, *Comparative Political Studies*, 4 (1971), 205-231; S. Rokkan, “Cross-National Survey Research: Historical Analytical and Substantive Contexts” en S. Rokkan y otros, *Comparative Survey*, ed. cit., pp. 5-55. F. W. Frey (*op. cit.*, pp. 187-189) también proclama el abismo existente entre la naturaleza aparentemente transcultural de las formulaciones teóricas y el profundo etnocentrismo de todos los instrumentos de investigación usados por los funcionalistas.

incluso la interpretación tridimensional de la perspectiva y del claro-oscuro no era una reacción universal de la mente humana, sino una convención cultural de la civilización occidental.⁴⁸

Así pues, o bien se parte del argumento positivista de que los hombres, como los átomos de ozono, son iguales en todas las latitudes (pero entonces, ¿por qué hacer comparaciones transculturales?) y se dan por buenos los instrumentos examinados en la misma cultura, emprendiendo acciones que Rokkan ha comparado justamente con los safaris, o bien se debe reconocer que “el problema de relevar la misma propiedad en culturas diferentes se presenta terrible”, y que “nuestra desesperación debería ser cósmica”.⁴⁹

3.3. Tomando nota de las dificultades insuperables que encuentra la investigación de proposiciones universales en las ciencias sociales, un creciente número de estudiosos recurre a un programa menos ambicioso para la investigación comparada: con palabras de Bendix, “desarrollar conceptos y generalizaciones a un nivel intermedio entre lo que es auténtico de todas las sociedades y lo que es auténtico de una única sociedad”. Es decir, no se renuncia a las generalizaciones como objetivo, pero se admite que su importancia encuentre límites infranqueables allí donde los objetos-sistema presentan diferencias poco conocidas y controladas por los estudiosos. Esta estrategia la practicaban naturalmente (en cuanto los objetos de sus comparaciones eran los parlamentos pluripartidistas, los ejecutivos responsables, etc.) los politólogos antes de la difusión del conductismo y del funcionalismo. Pero se ha preferido, también por parte de muchos antropólogos (Kluckhohn, Leach, Lewis, Eggan, Schapera, Goldman), que seguían las advertencias de Boas acerca de la importancia de los contextos culturales, y por algunos sociólogos (Smelser, Vallier, Hyman, Southall), también obedeciendo a la llamada mertoniana a favor de teorías de medio radio.⁵⁰

Smelser interpreta esta estrategia como un intento de convertir en parámetros (es decir, tener constantes) las fuentes potenciales de variación “seleccionando casos que se parecen bajo aspectos significativos”, es decir, de aproximar “una combinación de los métodos millianos de la diferencia y de las variaciones concomitantes”.⁵¹ Por otra parte, quien recuerde la definición que dio John Stuart Mill de su método de la *only difference*⁵² debería aceptar que también tratando de comparar sociedades similares, el objetivo de crear situaciones iguales en todo excepto en una circunstancia, queda en verdad muy remoto. La cuestión hace dudar de la oportunidad de un

⁴⁸ L. J. Cronbach, *Essentials of Psychological Testing*, Nueva York, Harper & Row, 1960, pp. 247-248. R. Sears, “Transcultural Variables and Conceptual Equivalence”, en B. Kaplan (ed.), *Studying Personality Cross-Culturally*, Nueva York, Harper & Row, 1961, sostiene que existen “propiedades universales del hombre”, que se pueden medir en todas las culturas. Pero su posición optimista es más bien aislada. Cfr., por ejemplo, R.W. Brislin y otros, *Cross-Cultural Research Methods*, Nueva York, Wiley, 1973, pp. 68 ss. y S. Verba, *Cross-National*, ed. cit., pp. 310-344. La exposición de N. J. Smelser está en las páginas 177-182 de la *op. cit.*

⁴⁹ S. Rokkan, “Cross-National Survey Research”, en Rokkan y otros, *Comparative Survey* ed. cit., 5-55; aquí p. 51. Las dos citas son de F. Mosteller, “Nonsampling Errors”, *Intern. Enc. of Social Sciences*, 5 (1968), pp. 113-132; aquí, p. 117, y de S. Verba. *The Uses*, ed. cit., p. 79.

⁵⁰ La cita de R. Bendix se ha obtenido de “Concepts and Generalizations in Comparative Sociological Studies”, *American Sociological Review*, 28 (1963), 532-539; aquí p. 532. Cfr. también C. Kluckhohn, “Southwestern Studies of Culture and Personality”, *American Anthropologist*, 56 (1954), 685-697; E.R. Leach, *op. cit.*; O. Lewis, *op. cit.*; F. R. Eggan, “Social Anthropology and the Method of Controlled Comparison”, *American Anthropologist*, 56 (1954), 743-763; J. Schapera, *Some Comments on Comparative Method in Social Anthropology*, *ivi* 55, (1953), 353-361; I. Goldman, *Status Rivalry and Cultural Evolution in Polynesia*, *ivi*, 57 (1955); N.J. Smelser, *op. cit.*, pp. 217-219; I. Vallier, *Empirical*, ed. cit., p. 250; H. H. Hyman, *op. cit.* pp. 317-322; A. Southall, “A Critique of the Typology of States and Political Systems”, *ASA Monographs*, 12 (1965), 131. Para las tesis de R. K. Merton, cfr. su *Teoría y estructura sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.

⁵¹ N. J. Smelser, *op. cit.*, pp. 283 y 289. También A. Przeworski y H. Teune, que hablan de “most similar systems design” (*op. cit.*, pp. 32-39), crearon esta estrategia de manera parecida a Smelser.

⁵² “Si un caso en el que un fenómeno bajo estudio se manifiesta y un caso en el que no se manifiesta, tienen cada circunstancia en común excepto una, presente sólo en el primero, aquella única circunstancia en la que los dos casos difieren, es el efecto o la causa, o una parte indispensable de la causa, del fenómeno” (J. Stuart Mill, *A System of Logic: Ratiocinative and Inductive*, libro III, Londres, 1843, cap. 8).

reclamo a los cánones de Mill, que el mismo autor retenía absolutamente inaplicables a los fenómenos sociales.⁵³

Procurar generalizaciones válidas en ámbitos espacio-temporales limitados atenúa algunos de los problemas conectados a las generalizaciones universales: el acceso a las informaciones, la equivalencia conceptual y operativa de las propiedades. Pero deja casi inalteradas las cuestiones ligadas a la definición del objeto (Escocia, Irlanda del Norte, Gales e Inglaterra, ¿son cuatro sociedades o una? ¿Y Luxemburgo es una unidad como los Estados Unidos? ¿Y San Marino?), añade el nuevo problema de la delimitación del ámbito (¿el Japón es una sociedad occidental? ¿Y Paraguay? ¿Y las Filipinas?) y al final se vuelve casi irresoluble el problema de Galton, dada la apretada red de contactos – seculares sino milenarios – entre todas las sociedades.

3.4. Una cuarta estrategia actúa en dirección contraria a la que se ha descrito antes en esta sección, ya que tiene presente la existencia de generalizaciones, pero dota a la investigación comparada del objetivo de resaltar los límites espacio-temporales y su validez: no son las propiedades que erosionan la especificidad de los sistemas, sino que son los sistemas que limitan y diferencian la importancia de las relaciones entre las propiedades. “La investigación *cross-cultural* es necesaria — sostiene Frey — para someter a un examen efectivo nuestras generalizaciones y hacerse una idea precisa de sus límites y de sus articulaciones”. Se hace hincapié en los límites y las articulaciones, no ya sobre las mismas generalizaciones. La variedad, la diversidad histórico-cultural de los contextos ya no es exorcizada, sino saludada y estudiada — con palabras del politólogo anglo-americano Richard Rose — como “un verdadero antídoto contra el vicio de la *grand theory* sobre la base de una sola nación, quizá como simple racionalización de nuestro conocimiento intuitivo de aquella nación”.⁵⁴

3.5. Un posterior alejamiento de una perspectiva nomotética se produce cuando se asigna a la investigación comparada el trabajo de “establecer la gama de las variaciones posibles y el número de los posibles subtipos de una cierta categoría de conducta o modelo institucional”, de manera que se “descubra lo que es humanamente factible en lugar de demostrar lo que es probable estadísticamente”.⁵⁵ El acento no está todavía sobre los objetos, ni sobre relaciones entre propiedades: está sobre la distribución empírica de los estados de las propiedades mismas, consideradas por separado.

⁵³ *Ibidem*, libro VI, cap.7. El escepticismo sobre la oportunidad de restablecer los cánones millanos *only agreement* y *only difference* en las ciencias sociales es compartido no sólo por S. Nowak, (*op. cit.*, p. 144) y por W. G. Runciman (*Sociología y filosofía política*, Milán, ILI, pp. 106-107), sino también por E. Durkheim (*Las reglas del método sociológico*, Milán, Comunità, 1969, pp. 146ss), e incluso por A. Przeworski y H. Teune, (*op. cit.*, p. 38). M. Zelditch (*op. cit.*) sostiene que los cánones millanos son guías insuficientes para el análisis comparado, incluso para la formulación epistemológicamente más rigurosa dada por M. R. Cohen y E. Nagel en el capítulo 13 de *An Introduction to Logic and Scientific Method*, Nueva York, Harcourt, 1934. T. Skocpol y M. Somers (“The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry”, *Comparative Studies in Society and History*, 22 [1980] 174-197) mantienen una postura más posibilista. Por otra parte, absolutamente favorable es la actitud de G. Gangemi (*op. cit.*), que mantiene la posibilidad de limitar la exposición de las circunstancias a las decisivas partiendo de un fragmento de Max Weber (*Economía y sociedad*, vol. I, Milán, Comunità, 1980, pp. 9-10).

⁵⁴ La cita de F.W. Frey se ha obtenido de *op. cit.*, p. 181. La de R. Rose se ha obtenido de su discurso introductorio a la II Summer School in Comparative Politics, patrocinada por el International Social Science Council, Glasgow, Strathclyde University, 22 julio 1973. La misma sospecha para la generalizaciones de ámbito demasiado vasto prevalece también en toda la obra comparada de Barrington Moore. Entre los otros partidarios de esta estrategia, N. S. Timasheff, “Order, Casualty, Conjuncture” en L. Gross (ed.), *Symposium on Sociological Theory*, Evanston, Row-Peterson, 1959, p. 161, y el politólogo D. McRae, *Issues and Parties in Legislative Voting*, Nueva York, Harper & Row, 1970.

⁵⁵ La primera cita es de S. Nowak, *Understanding*, ed. cit., p. 133; la segunda, de E. R. Leach, *op. cit.*, p. 341. Utilizar esta estrategia es la principal finalidad de la comparación según F.L. Strodbeck, “Considerations of Meta-Method in Cross-Cultural Studies”, en *American Anthropologist*, 66 (1964), pp. 223-229.

Las pretensiones indudablemente menores de esta aproximación se conllevan una drástica reducción de los problemas que encuentran. Por ejemplo, es absolutamente indiferente al problema de Galton (¿la difusión ha creado relaciones espurias entre propiedades?) porque no se ocupa de relaciones entre propiedades. La equivalencia conceptual y operativa de las propiedades se puede encontrar sin complicaciones porque no se da por descontado que una cierta propiedad deba relevarse en todos los objetos-unidades; es justamente a través de la presencia o ausencia natural de una propiedad que se definen las unidades: por ejemplo, supongamos que nos interese verificar la gama de las variaciones existentes en las características de una asamblea electoral: si una unidad (nación, región, cantón, comunidad, secta religiosa) posee una asamblea electoral, ésta es importante para el estudio, si no, no. Se soluciona de esta manera también el problema del ámbito de una comparación controlada. Finalmente, la exhaustividad es deseable pero ésta no tiene, en este caso, la tarea de sostener pretensiones nomotéticas: se desdramatizan los problemas de acceso a las informaciones, de muestra aleatoria de las unidades y parecidos.

Esta aproximación, que considera interesantes por sí solos los estados diversos en las propiedades, es un *tertium genus* entre las aproximaciones nomotéticas que valoran los estados diferentes en cuanto hacen variación y permiten establecer, por consiguiente, relaciones entre propiedades y aproximaciones idiográficas que valoran los diferentes estados sólo porque permiten caracterizar los objetos. En una matriz ideal de los datos, mientras las aproximaciones nomotéticas privilegian las columnas (propiedades, variables) y las idiográficas las líneas (objetos, unidades, casos), esta tercera aproximación centra su atención sobre las casillas en el cruce entre líneas y columnas, es decir, sobre los mismos datos.⁵⁶

3.6. Quien haga referencia a los temas de la polémica clásica entre aproximación nomotética e idiográfica quizá se sorprenderá que se pueda relacionar en algún momento esta última a la matriz de datos: De hecho, no existe incompatibilidad entre la función esencial de la matriz de datos (enmarcar una recogida sistemática de informaciones acerca de los estados de una serie de objetos en una serie de propiedades) y un estudio comparado de inspiración idiográfica que tienda a comparar entre ellos dos o más objetos. No sólo la naturaleza sistemática en la recogida de informaciones sobre los estados en las propiedades puede dar bases más sólidas a la comparación,⁵⁷ sino también la herramienta-matriz, permitiendo la elaboración electrónica de las informaciones, es prácticamente indispensable cuando los objetos se comparan basándose en las propiedades de objetos de nivel inferior que son sus miembros o partes (por ejemplo, cuando estados, sociedades, culturas, etc., se comparan en base a las propiedades de los individuos).

Un componente idiográfico está presente en toda *comparative microanalysis*, como testimonia la larga serie de tablas que confrontan las distribuciones porcentuales de las diferentes respuestas – dadas por los entrevistados en las distintas sociedades objeto de la comparación – a una u otra pregunta. Estas comparaciones de frecuencias, de medias y similares son concebidas normalmente por los autores de las publicaciones como un necesario preliminar “descriptivo” de sucesivos análisis con instrumentos técnicos más sofisticados. Pero — sea el autor plenamente consciente o no — no necesariamente en estos análisis sucesivos la perspectiva idiográfica se abandona en favor de una “más científica” perspectiva nomotética

⁵⁶ Según los métodos inspirados en el canon de las variaciones concomitantes, es posible establecer relaciones entre propiedades sólo en el caso de que cada una de ellas hace variación, es decir, presenta variaciones de estado que pueden relacionarse con las variaciones de las demás propiedades. Sobre la matriz de los datos como instrumento conceptual y operativo unido al canon de las variaciones concomitantes, cfr. A. Marradi, *Conceptos y métodos para la investigación social*, Florencia, Giuntina, 1984, cap. 2.

⁵⁷ Las primeras matrices de datos fueron concebidas por estudiosos al servicio de varias cortes alemanas de inicios del siglo XVIII, justamente en el intento de comparar sistemáticamente los estados europeos sobre la base de sus recursos, militares y no militares. Cfr. P. F. Lazarsfeld, “Cuantificación en sociología: Origen, tendencias y problemas” en P. F. Lazarsfeld, *Metodología y investigación sociológica*, Bolonia, Il Mulino, 1967, p. 32.

Si por ejemplo se somete a *path analysis* un cierto grupo de propiedades teniendo separados los miembros de las diferentes sociedades, inevitablemente surgirá una comparación entre estas sociedades sobre la base de los diferentes trayectos causales explicativos de los estados en esta o aquella variable elegida como dependiente en el análisis (“En Italia la preferencia política está muy influida por la observancia religiosa, por las dimensiones del ayuntamiento de pertenencia y por el nivel de instrucción; el ingreso ejerce su influencia principalmente a través del nivel de instrucción, y el sexo casi exclusivamente a través de la observación religiosa. En Gran Bretaña la influencia más importante la ejerce el tipo de profesión — manual / no manual — del jefe de familia; la influencia de la edad está mediada por la de las tradiciones políticas familiares”). O bien se pueden someter ciertas propiedades al análisis factorial, teniendo siempre separados los miembros de sociedades diferentes. Surgirá, por ejemplo, una composición diferente de las dimensiones conceptuales importantes en aquellas sociedades: “en los Estados Unidos el factor ‘autoritarismo’ y el factor ‘conservadorismo político-económico’ están separados claramente. Sin embargo, en Francia las dos dimensiones aparecen interrelacionadas estrechamente”.

La aproximación idiográfica a la comparación no implica, pues, renunciar a poner en relación las propiedades para descubrir las conexiones, como por ejemplo en el análisis factorial, ni tampoco dar una interpretación causal a tales conexiones, como con la *path analysis*. Esto se distingue en cuanto las conexiones y los trayectos causales individualizados sirven para caracterizar un objeto-sistema en comparación con uno u otros objetos-sistemas, para los que valen conexiones y trayectos causales más o menos diferentes. Las conexiones y sus posibles interpretaciones causales interesan más cuanto más diferentes son de objeto a objeto y no cuanto más iguales son independientemente del objeto, como es típico de la perspectiva nomotética.

Renunciando o – mejor dicho – rechazando la búsqueda de relaciones universales entre propiedades, se hacen desaparecer todos los problemas que molestan la perspectiva nomotética del lado de los objetos: no se deben comparar todos los objetos posibles ni todos los existidos, ni todos los existentes y ni tan sólo una muestra aleatoria. No es necesario que se desarrollen de manera independiente (el problema de Galton) ni que tengan el mismo nivel de complejidad. La elección de los objetos para comparar se confía plenamente a los intereses del estudioso y será valorada por la comunidad científica basándose en sus efectos heurísticos, es decir, a la contribución que aquella comparación esté en condiciones de ofrecer al conocimiento.

Quedan inalterados, sin embargo, por una estrategia de comparación idiográfica que utilice las ventajas de una recolección y elaboración sistemática de las informaciones mediante la matriz de datos, los problemas relativos a la equivalencia conceptual y operativa de las propiedades. De hecho, es engañoso cuantificar las diferentes distribuciones de los estados (por ejemplo, de las respuestas) en una propiedad, si tales estados se refieren a propiedades significativamente diferentes (es decir, si la pregunta se interpreta de manera diferente en las distintas culturas).⁵⁸

3.7. Si los objetos-sistema se comparan basándose en sus estados en propiedades globales, es posible — dado el número reducido de tales objetos — recoger sistemáticamente las informaciones importantes sin la ayuda de la matriz de los datos y utilizarlas sin recurrir a técnicas estadísticas de análisis. En general, ésta es la estrategia de comparación de los institucionalistas (en el derecho público-constitucional y en la ciencia política clásica) que comparan dos o más sistemas jurídicos sobre la base de las soluciones dadas a los diferentes problemas institucionales, intentando, en general, reconstruir la congruencia lógica entre todas las soluciones ofrecidas por cada sistema.⁵⁹

⁵⁸ Entre los textos que mejor clarifican las características de la aproximación idiográfica a la comparación, se encuentran las dos introducciones que R. Bendix dedicó en *his Nation Building and Citizenship*, Nueva York, Wiley, 1964, y *Kings or People: Power and the Mandate to Rule*, Berkeley, University of California Press, 1978.

⁵⁹ Para las estrategias de comparación de los institucionalistas y las relativas críticas de los conductistas, cfr., por ej., G. Freddi, “Sobre el método del estudio comparado de las instituciones políticas”, *Rassegna Italiana di Sociologia*, 6

Como *los comparative microunalysts*, los institucionalistas son totalmente libres de elegir los objetos para comparar, mientras que deben preocuparse de la igualdad de las propiedades, es decir, de los problemas institucionales cuyas soluciones se van comparando. Su investigación de la lógica del sistema o de sus principios generales se traduce, en el lenguaje de este ensayo, en un estudio de conexiones entre propiedades, pero no en una búsqueda — al menos en la mayoría de casos — de explicaciones. La naturaleza sistemática de la recolección de las informaciones no está ligada necesariamente no sólo a fines nomotéticos, sino ni tan siquiera a un intento explicativo.

3.8. Tanto es así que se pueden perseguir también fines explicativos evitando una recolección sistemática de las informaciones, es decir, adoptando una estrategia contraria a la de los institucionalistas. Esto es posible solamente si se procura explicar estados de los sistemas en propiedades globales, dada la obvia dificultad de conducir *comparative microanalyses* sin recurrir a la matriz de los datos. Se puede evitar una colección sistemática de las informaciones porque se pretende relajar el paralelismo entre los modelos explicativos adoptados en los distintos sistemas: de tal modo, se reducen también las preocupaciones relativas a la equivalencia de las propiedades entre un sistema y otro.

Por ejemplo, el estudio de Tocqueville sobre el antiguo régimen y la revolución en Francia lo ha reconstruido Smelser como un modelo de explicación del carácter palingenético y violento de la Revolución francesa (estado del objeto Francia en la propiedad carácter del cambio político), en una comparación implícita con un modelo explicativo de los caracteres del cambio político de los Estados Unidos. Sin embargo, como observa Smelser, Tocqueville recoge las informaciones de manera no sistemática: “La mayor parte de las condiciones descritas [...] tienen carácter más bien indeterminado”; los factores usados en la explicación tienen “un nivel diferente de generalidad”; a las “circunstancias remotas en el tiempo y de orden general” yuxtapone “acontecimientos específicos, más recientes”, lo que convierte el modelo explicativo en “complicado”. Tampoco la comparación con los Estados Unidos se produce de manera sistemática, porque los factores causales considerados no son necesariamente los mismos y porque “datos comparados no han sido usados para ilustrar todos los eslabones” de la cadena causal del mismo modo, ya que “algunos vínculos no son probados” y se queda “con una sensación de vaguedad sobre el peso preciso para dar a ciertas fuerzas causales”.

Dadas las dificultades obvias de su época en encontrar y tratar las informaciones, Tocqueville difícilmente hubiera podido ser mucho más sistemático. Sin embargo, la suya también es una elección: “hostil por principio a concebir leyes generales”, rehuye de los modelos causales “simplificados”, y prefiere “construir modelos complejos y realistas del proceso histórico”. Su procedimiento es un ejemplo clásico de lo que Smelser también define “el modo idiográfico de explicación”: esto “incorpora diversos órdenes de variables causales” y llama a “muchos factores” para intervenir, algunos de los cuales “accidentales”, con la finalidad de “aumentar la plausibilidad de la explicación de un acontecimiento determinado”.⁶⁰

También Max Weber — aun teniendo presentes las tareas generalizantes que distinguen la sociología de la historia — se acerca mucho al “modo idiográfico de explicación” en sus estudios comparados. Sus modelos, desarrollados “con varios grados para completarse”, usan tipos ideales que “varían mucho en el nivel de generalidad” y llaman “a condiciones [...] extremadamente diferenciadas” que se “organizan en esquemas diferentes según un modelo explicativo u otro”, por lo que “es difícil representar la lógica de las explicaciones weberianas en términos generales”. Según Weber, las ciencias sociales deben producir generalizaciones no como partes de un sistema teórico coherente e integrado, sino como “instrumentos heurísticos útiles para interpretar y clarificar

(1965), 591-600. Algunos autores, como el politólogo holandés Hans Daalder, proponen un uso combinado de la aproximación institucionalista y de la *comparative microanalysis* de inspiración idiográfica.

⁶⁰ Las citas de N. J. Smelser, *op. cit.*, pp. 59, 65, 75, 76, 79 y 270.

procesos históricos específicos”, que se “producen siempre por una constelación de fuerzas compleja e irrepetible”.⁶¹

Retomando puntos ya presentes en Bendix y en Leach, la Skocpol y la Somers definen esta estrategia *contrast-oriented*, en cuanto tendiente a resaltar mejor la peculiaridad de institutos o procesos únicos mediante una comparación con institutos o procesos aparentemente análogos en otras sociedades (el feudalismo alemán con el japonés, y parecidos). En palabras de Bendix, “mantener el sentido de las especificidades históricas mientras se comparan países diferentes”.⁶² Además de los autores citados por Smelser (Tocqueville y Weber) y por Skocpol y Somers (Geertz, Lang y el mismo Bendix) deben incluirse, sin duda, entre los partidarios de una comparación *contrast-oriented*, el histórico Toynbee y los antropólogos Boas, Kroeber y Lowie.⁶³

3.9. Las aproximaciones idiográficas a la comparación tienen en común — según se ha dicho — el cambio de la atención de las propiedades a los objetos. Este cambio se presenta de manera más marcada en la aproximación olista que niega autonomía a las propiedades, sosteniendo que comparar los objetos separadamente, propiedad por propiedad, equivale a desnaturalizarlos, a destruir su peculiaridad, que consiste justamente en la manera como los diferentes aspectos, las distintas partes están juntas en un coherente entero. Ninguna propiedad se puede aislar de su contexto so pena de transformarla en algo diferente: el resultado de una comparación por propiedades sería en cualquier caso artificioso y fuera de lugar.⁶⁴

Las tesis olistas pueden asumir una apariencia moderada, reduciéndose a la recomendación de “fijarse más en la sintaxis (relaciones contextuales) que en el vocabulario (fenómenos o instituciones consideradas singularmente)”, de “tomar en serio la interrelación de los elementos dentro de los conjuntos socioculturales”,⁶⁵ o bien una apariencia más radical; la *whole system comparison* (comparación de sistemas completos) la entienden, de hecho, algunos funcionalistas en el sentido que *sólo* los sistemas pueden compararse (el término *sistema* se entiende en sentido analítico, es decir, aplicable a cualquier objeto constituido por partes organizadas: por ejemplo, *el sistema de la personalidad* de un individuo).

Contra esta versión radical se pueden mover dos críticas alternativas. La primera se ha ilustrado al principio de este ensayo: la pretensión de estar comparando el objeto completo es ilusoria porque de un objeto se pueden percibir infinitos aspectos-propiedades según los puntos de vista del observador. Lo que un olista compara nunca puede ser un objeto completo, sino que más bien es la propia *percepción configurativa* de los aspectos de un objeto considerados implícitamente más importantes.⁶⁶

⁶¹ También estas citas son de N. J. Smelser, *op. cit.*, pp. 182, 205 y 197.

⁶² Cfr. R. Bendix, *Nation* ed. cit., pp. 16-17; E. R. Leach, *op. cit.*, p. 431, T. Skocpol y M. Somers, *op. cit.*, pp. 178-181. La cita es de R. Bendix, *Kings*, ed. cit., p. 15.

⁶³ A. de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, Paris, 1835-1840; M. Weber, *op. cit.*; C. Geertz, *Islam Observed*, Chicago, University of Chicago Press, 1971; J. Lang, *Conquest and Commerce: Spain and England in the Americas*, Nueva York, Academic Press, 1975; A. J. Toynbee, *A Study of History*, Londres, Oxford University Press, 1934; F. Boas, *op. cit.*; A. I. Kroeber, *Configurations of Culture Growth*, Berkeley, University of California Press 1944; R. H. Lowie, *Primitive Society*, Londres, Routledge, 1921.

⁶⁴ La Skocpol y la Somers, que individualizan solamente tres estrategias de comparación en las ciencias sociales (análisis macro-causal, muestras paralelas de teorías y orientación a los contrastes) no distinguen entre aproximación idiográfica y aproximación olista, uniéndolas en la tercera categoría. Pero cuando sostienen que “el olistismo descriptivo excluye el desarrollo de argumentaciones explicativas” (*op. cit.*, p. 193), deberían darse cuenta de que esta observación no se aplica en absoluto a los partidarios de una comparación idiográfica, incluidos los autores que citan como ejemplos (Geertz, Lang y Bendix).

⁶⁵ Las citas de G. Urbani, “Introducción” a la antología compilada por él mismo, *La política comparada*, Bolonia, Il Mulino, 1973, p.31; L. A. Fallers, “Societal Analysis”, *Intern. Enc of the Social Sciences*, 14 (1968), 562-572; aquí, p. 564.

⁶⁶ Observaciones análogas en S. Verba, *The Uses*, ed. cit., pp.69-70; N. J. Smelser, *op. cit.*, cap. 6.

Quien no acepte esta crítica caería en la promovida por Zelditch: “los conjuntos son únicos: no hay nada sobre la tierra como los Estados Unidos (o los Navaho o los esquimales) tomados globalmente. En consecuencia, las reglas olistas conducen a una contradicción clara: sólo los incomparables son comparables”. No cabe duda de que, entendida rígidamente, la tesis olista conduce a la incomparabilidad (como a la inconmensurabilidad, a la incomunicabilidad, etc.) de los sistemas: son de hecho éstos los resultados que alcanza implícitamente Malinowski en antropología, así como explícitamente Sapir y Whorf en lingüística y Feyerabend en epistemología.⁶⁷

La conciencia de estar haciendo referencia a una propia elección y reconstrucción de las propiedades relevantes de un objeto está plenamente presente en los comparatistas de inspiración fenomenológica y los distingue de muchos olistas que han heredado del positivismo formas más o menos ocultas de realismo gnoseológico.

También los comparatistas de inspiración fenomenológica, o más genéricamente *verstehende* (comprensiva), sostienen la inoportunidad de comparar separadamente propiedades únicas: pero más que sobre la inseparabilidad de una propiedad de su contexto, ponen el acento sobre la naturaleza ilusoria de cada pretensión de equivalencia entre propiedades pertenecientes a contextos diferentes. La diferencia con las posiciones olistas aparecerá más clara si se remarca que estas últimas — derivando de la tesis ontológica según la cual el entero es diferente de la suma de sus partes — se refieren a cada objeto organizado en partes y a cada género de parte-aspecto-propiedad. Las tesis de los fenomenólogos se refieren, en cambio, sólo a los sistemas culturales (y en consecuencia, a las únicas propiedades intrínsecas de estos sistemas: instituciones, creencias, valores, etc.) y derivan de la persuasión gnoseológica que se deba “entender y describir cada cultura en sus propios términos”, “comprender las culturas en el modo que ellas mismas se comprenden o se comprendieron”. En la formulación sintética de Smelser, “las aproximaciones relativistas o fenomenológicas están más inclinadas a seguir fieles a las perspectivas de los que han producido los datos pero encuentran dificultad en generar categorías con las que estos datos se pueden comparar”, y esto justamente con la convicción sobre la naturaleza superficial e ilusoria de cada pretensión de equivalencia entre propiedades pertenecientes a sistemas culturales diferentes.⁶⁸

Han sido los fenomenólogos los que han dirigido su acusación contra la pretendida *culture-fairness* (neutralidad cultural) de la nueva escuela de comparatistas inspirados por Almond. Acreditando su pretensión de que los nuevos conceptos son universales, se “pierde el significado de otras culturas, porque se interpreta a través de un esquema conceptual producido en la sociedad occidental, que refleja los caracteres de aquella sociedad particular, y que en el mejor de los casos está adaptado para entender sólo aquella”.⁶⁹

¿Se debe renunciar entonces a comparar los sistemas culturales? En absoluto, responden los fenomenólogos. “La exposición constante de conjuntos alternativos de conceptos y de modos alternativos para clasificar el mundo tiende a anular una infinidad de pre-conceptos [. . .] [de tal modo] se adquiere un grado de auto-consciencia [de la particularidad] de la propia cultura y sociedad que sólo el esfuerzo más grande de la imaginación podría ofrecernos otros”. La investigación comparada se convierte, pues, en “un medio para entender la humanidad de los seres humanos”.⁷⁰

⁶⁷ Las citas de M. Zelditch, *op. cit.*, p. 276. Cfr. B. Malinowski, *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Barcelona, Ariel, 1971; E. Sapir, *Selected Writings in Language, Culture and Personality*, Berkeley, University of California Press, 1949; B. L. Whorf, *Lenguaje, pensamiento y realidad*, Barcelona, Seix Barral, 1971; P. K. Feyerabend, *Contra el método*, Barcelona, Ariel, 1975.

⁶⁸ Las citas de R. W. Brislin y otros, *op. cit.*, p. 24; L. Strauss, *op. cit.*, p. 106; N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 94. En antropología esta aproximación se denomina *emic*, en contraposición a la aproximación *etic*, que tiende a incluir las propiedades de muchas culturas en una teoría general. *Emic* y *etic* son los sufijos de *phonemic* y *phonetic* y generalizan la contraposición.

⁶⁹ L. Strauss, *op. cit.*, p. 106. Relieves análogos en W. M. Lafferty, “Contexts, Levels, and the Language of Comparison: Alternative Research”, *Social Science Information*, 11 (1972), pp. 63-91.

⁷⁰ Las citas de I. C. Jarvie, *Concepts and Society*, Londres, Routledge & Kegan, 1972, p. 42; E. R. Leach, *op. cit.*, p. 341. De manera análoga, L. A. Fallers, *op. cit.*, p. 564; O. Lewis, *op. cit.*, p. 260. Sobre el estudio de otras culturas para

Un ejemplo quizás insuperado de comparación inspirada en los mismos criterios de los fenomenólogos es una obra maestra literaria del setecientos, las *Lettres Persanes* de Montesquieu. Divirtiendo al lector por la maravilla cómica con la que el visitante oriental describe las costumbres parisinas a sus correspondientes en el harén, se lo expone a un *dépaysement* contrario y mucho más eficaz que los obtenidos a través de cualquier relato de viajes. Cuando la cultura vista con ojos extraños es la propia, más fácilmente se libera de la *natiirliche Einstellung* (asunto espontáneo, en el lenguaje de Husserl) que tal cultura particular sea la forma universal de la cultura.⁷¹

ALBERTO MARRADI
(Università di Firenze)

tomar mejor conciencia de la propia, también insiste E. De Martino. *Furor Símbolo Valor*, Milán, Il Saggiatore, 1962. pp. 69-70.

⁷¹ Se encuentran algunas consideraciones interesantes sobre los factores favorables al relativismo cultural, así como sobre un precursor italiano de la novela epistolar transcultural, en Tullio Tentori, "Apuntes para una historia de los estudios antropológicos" en T. Tentori, *Apuntes para la historia de la antropología cultural*, Roma, Janua, 1982, pp. 34-4.